

Positivo hasta el final

El fantasma se detiene frente a su tumba, hace tiempo no paraba en el camposanto de la iglesia carolina.

-A dónde jui a parar- se dijo.

Ahí estaba su lápida, con los pocos datos que encontraron, "difunto en la playa",

-Correcto-, afirmó satisfecho, cebándose un mate. Continuó "seria español por el pelo en el cogote".

-Caramba, padre- exclamó -se fijan siempre en lo pior, nada hubiera costado un "tocaba la guitarra por las uñas largas."

Balanceó la cabeza tratando de ver lo positivo.

-Tan perdonados, murmuró, igual a la Clemencia le encantaba mi cogote.

El cementerio

Iba oscureciendo raudamente y los tres estábamos atemorizados. Pero la apuesta había sido hecha así y teníamos que cumplirla: quedarnos escondidos en el cementerio de Maldonado, hasta la noche y salir ilesos era lo primordial. Caminábamos unidos y temblando, ya que con nuestros 12 años era toda una hazaña.

De pronto sentí unos golpecitos en el hombro y observé unos dedos calavéricos aprisionándome. Grité y salimos corriendo, dejando trozos de mi ropa en su poder.

Al otro día con el sol, volvimos al lugar, con miedo, despacito. Y encontramos los retazos colgando de una rama que semejaba una mano.

La billetera

Paradito en una vereda de Gorlero, estaba yo laburando. Y ahí la vi, descansando en la baldosa, esa billetera abultada por los días de aguinaldo. Abrí el bolsillo y la mandé guardar. Esperé y observé a la gente que pasaba. Y apareció el candidato. Con las botas de obra amarillas, un pantalón vaquero desgastado y camiseta con agujeros, sacudía la bolsa que dejaba entrever un refresco chico, dos panes tortuga y unas fetas de fiambre, mientras caminaba incesante mirando el piso con preocupación. Le pregunté si se le había perdido algo.

Esa noche me fui tranquilo y él contento.

La treinta y nueve

Acelera pese a la niebla. Quiere llegar temprano a casa. Vuelve extenuado de un cumpleaños familiar en Aiguá y su hija, que va en el asiento trasero, empezará mañana la escuela.

-Esta vez no aprovechamos tanto el día- dice Joaquín, mientras María lo apura aún más. -Dale, que la nena se tiene que acostar.

De pronto en el camino, una vaca. El auto da vueltas y cae al arroyo. Joaquín solo escucha los gritos de su hija. María está en silencio. Ya se fue.

Nadie los verá hasta el amanecer.

El agua ingresa. Ya es tarde. Llegaron temprano.

El hornero

-Amigos- dijo Vilches -¿Quieren saber por qué me llaman El Hornero?

-Como el hornero, levanté mi nido con mi compañera, allá en Artigas, mucho antes de llegar a Maldonado. Fabricamos ladrillos de adobe, los oreamos, los secamos después en el calor del fuego. Eso si: como al hornero, nadie nos vio trabajar en domingo. Vinieron los pichones. Con ellos cuidamos, igual que el hornero, la cría del tordo: un gurisito abandonado por sus padres.

Como el hornero, al fin, cuando murió mi compañera, rompí el nido. Y acá estoy desde entonces: meta volar y volar, nada más.

Jugando con el viento

Cruzaba Gorlero por la terminal. Al mirar el suelo una hormiga pasaba con una hoja más grande que ella. Me dio pena, el viento la arrastraba. Puse mi mochila para parar las ráfagas. Ella se alejaba e intentaba seguir adelante.

Nada la detenía ni hacía que soltara la hoja. Volví a pararle el viento. Cuando desistí y bajé la vereda, me di vuelta y entendí, no quería llevarla, era su ala delta.

Por unos largos segundo mi hormiga se elevó como 5 centímetros y voló. Sentí que lo disfrutaba. Después, cayó a tierra y siguió solitaria su camino.

Uruguay 1 - Alemania 0

Qué gracioso resultaba verlo, a la sombrita de la plaza de pueblo Garzón. Le decían "El Alemán". Sus canas enmarcaban aquel rostro serio y duro como piedra. Y sus ojos bien celestes permanecían inmóviles observando fijamente su proeza. Lo revolvía para acá, lo revolvía para allá, tomaba como por un vaso y le echaba agua; revivía otro poquito y se daba maña para tomar otro. Sabemos que de cerveza saben mucho, pero de esto entienden muy poco.

Finalmente, un alma caritativa se acercó y como pudo le enseñó que la bombilla es para tomar el mate y no para revolverlo.

Feliz por estas manos

Blanqueada, prolija, la casita de San Carlos brillaba mansamente bajo el sol de octubre. Doña Julia, en su silla de ruedas, lavó, enjuagó, escurrió y apiló al fin la ropa en su viejo latón.

Vino Marisel y la tendió en la cuerda.

Cuando más tarde, la señora Martina llegó para llevarse el atado de ropa, miró un momento la pierna amputada, desvió los ojos y en seguida preguntó, como al pasar:

-¿Cómo se siente hoy, Doña Julia?

-Feliz por estas manos.

- Y la voz de Doña Julia tuvo notas de agua clara, de sábanas muy limpias agitadas por la brisa.

Las flores de Juan

Fue allá por el año '49, Juan concurría al único liceo: el Departamental. El profesor Riaggio, de Historia Natural, mandó estudiar la flor. Para entrar a clase, Juan se abasteció de las flores de un cantero de la plaza. Riaggio pasó la lista y dijo:

-Pase Juan-

Él pasó, vestido de flores que llevaba en los zapatos, en los bolsillos, en la solapa y una dalia en la boca. El profesor cuando lo vio quedó rojo. Juan lo miró a los ojos, se sacó la flor de la boca y dijo:

-No estudié profesor-

Riaggio, echando chispas:

-Tiene deficiente, siéntese.

Asentamiento "El Placer" (La Barra)

Escuché que unos señores interesados en algo llamado plata, turismo o "progreso" van a construir una gran avenida, comercios, restaurantes, edificios, para coches y personas, ¡todos lindos!

Yo vivo en ese lugar y es bueno, porque nosotros acá no tenemos muchos de esos lujos, pero sí un muelle chiquito para pescar, montes para jugar a las escondidas y hermosas vistas al arroyo, desde nuestras casitas de chapa.

Un día Juan nos contó que escuchó a sus papás decir algo de "desalojo".

No entiendo:

-¿Dónde viviremos entonces? ¿cómo las personas lindas podrían hacer eso? Juan debe haber escuchado mal, ¡estoy seguro!

Se va el "ónibus"

-¿Pasa por el shopping? -preguntó un señor.

-El que viene atrás- entredijo el chófer y cerró la puerta. El pasillo estaba lleno.

-¡No se abre! -dijo alguien mientras forcejeaba con una ventana.

La solidaridad personificada a floraba en aquel adolescente que desinteresadamente compartía su colección de cumbias villeras con el resto de los pasajeros, haciéndoles saber que su celular era moderno.

En eso subió una señora que dejaba en evidencia su destino en ese viaje. Sombrilla, conservadora, reposeras y juguetes de playa, y cinco niños inquietos así lo manifestaban.

Se apaga el motor, el chofer saca el celular.

-Me quedé -dice.

Jué' aquel julepe nomás

En la sierra taba' brava la calor de la tarde.

Me recordé de la siesta; salí pal' patio.

Cosa rara cómo ladraba el arriero, taba' alborotau' el gallinero.

La bicha asomaba el cascabel entre los güevos.

Me avanzó y me clavó el diente en la mano.

¡Pucha! Pa pior' la hija y la patrona estaban pal' este, pal' chopin, por un trabajo.

Toqué pal' rancho y más rápido que ligero me trepé a la befor' y rumbié pa' Mataojo, pa' ver si don Gregorio me arrimaba hasta el doctor.

Gracia' a Dios que llegué al pago.

Jué aquel julepe nomás.